LAFARIUM

LAFARIUM

+

MUERTE

+

LAFARIUM/OCT26/01

UN ENCUENTRO CON LA MUERTE
Elilet Giudiche

Insolentemente se aprendió mi nombre
Se lo memorizó.
Y empezó a disfrazarse de otra cosa.
La observé y estudié.
Como ella a mí.
Se pintarrajeaba y sudaba
Mientras se contorneaba en mi cama
como buscando la postura
en la que mejor se me pareciera.

Caminaba por el techo
Aunque las esquinas
eran sus favoritas.
Antes de que empezáramos a conversar
Gritaba mi nombre en medio de la noche
Con la correcta pronunciación,
Sin errores.

Probó mi risa primero,
Después mi forma de callarme
Hasta que un día decidió saltar por la ventana.

Marcela Nigro

Elilet Giudiche

Elilet Giudiche

LA MUERTE NO EXISTE

Verónica Varela

Mi hermano llegó corriendo hacia a mí, gritando a viva voz "mi papá se murió" en repetidas ocasiones, le contesté con mucha molestia "no digas eso", contestó: ¡es verdad! …mi mirada en shock, se posó ante los ojos de mi madre quien con un gesto afirmativo derrumbó parte de mi corta existencia, a la edad de 9 años; 16 años más tarde la vida me otorgó cierto "privilegio", para hacer una llamada a mi hermano, le conté con una voz ecuánime "mi mamá se murió", nos anunciamos las noticias más fuertes que hemos escuchado, cada una en el momento indicado. No sabía que podíamos crecer tan rápido. Por pura necesidad, se me revelaron recursos de fortaleza que desconocía. A lo largo de la existencia tanto mi hermano como yo, hemos vivido distintos decesos tanto de familiares muy cercanos, así como muertes internas sumamente dolorosas que no deseo abordar por el momento porque ya perdí la cuenta, además que desconozco cuántas más nos queden por atravesar, incluyendo la propia, pues he ido a más funerales que bodas o bautizos.

Resulta incomprensible cómo llegamos a saber lo que sabemos en esos momentos. Nos vemos inmersos en otro mundo, extraño, pero íntimamente familiar, y actuamos bajo reglas que solo conoce nuestra alma.

Por todos estos eventos incesantes y la cercana familiaridad con la pulsión tanática, mi camino para aprender sobre el *mysterium tremendum*[1] empezó muy temprano, siendo uno de mis temas de investigación a través de diferentes culturas, cosmovisiones, perspectivas y más. En este interesante renacimiento, empecé a experimentar entre lo real, arquetípico, numinoso y sobre todo lo simbólico, sucesos paranormales, desdoblamiento astral involuntario, pesadillas dantescas, a observar y escuchar a ciertas entidades que se hacían presentes de tanto en tanto. Por qué no lanzarme de una vez a realizar conexiones y prácticas

[1] concepto acuñado por el teólogo alemán Rudolf Otto en su libro de 1917 *La idea de lo sagrado* para describir la experiencia de lo divino como un misterio sobrecogedor y aterrador.

espirituales – mágicas (k) – ocultistas hacia la búsqueda y conexión para averiguar los misterios detrás del velo, que cada vez eran más fuertes, y a quienes se enrumben por estas moradas tengan la total certeza que los caminos se muestran al que busca con dedicación.

La muerte no se comprende de la forma en que solemos comprender las otras cosas, cuando la muerte se mantiene presente en nuestra mente, lo que no importa desaparece, aprendes a vivir el presente de una forma genuina, contemplar la muerte para, finalmente, alcanzar la plenitud en la vida, por eso suelo repetir que *hablar de muerte es hablar de vida*, morir es parte de la vida; siempre supe que el señor de la muerte era el mismo que el señor de la vida. Aun así, hay algo indescriptiblemente personal e íntimo cuando te sucede a ti lo más común del universo.

Conforme envejecemos, nuestra muerte se vislumbra cada vez más cerca, al igual que cuando otros mueren a nuestro alrededor, la muerte se siente aún más próxima y no solo en esos instantes, sino cuando la muerte ha caminado muy cerca de nosotros para no olvidar su presencia, nos persigue y nos interpela; porque medir el tiempo no importa cuando se convive tan íntimamente con la muerte.

Ya sea que la combatamos, la neguemos o la aceptemos, todos tenemos una relación con la muerte.

"Si no le temes a la vida, no le temes a la muerte".

Soy muy fan de cuestionarme muchas cosas, así que les dejo esta pregunta: *¿Qué parte de mi vida estoy entregándole al miedo?*

LAFARIUM/OCT26/07

GR Mateo

LA ESQUINA ES RECTA

Gladys Cepeda

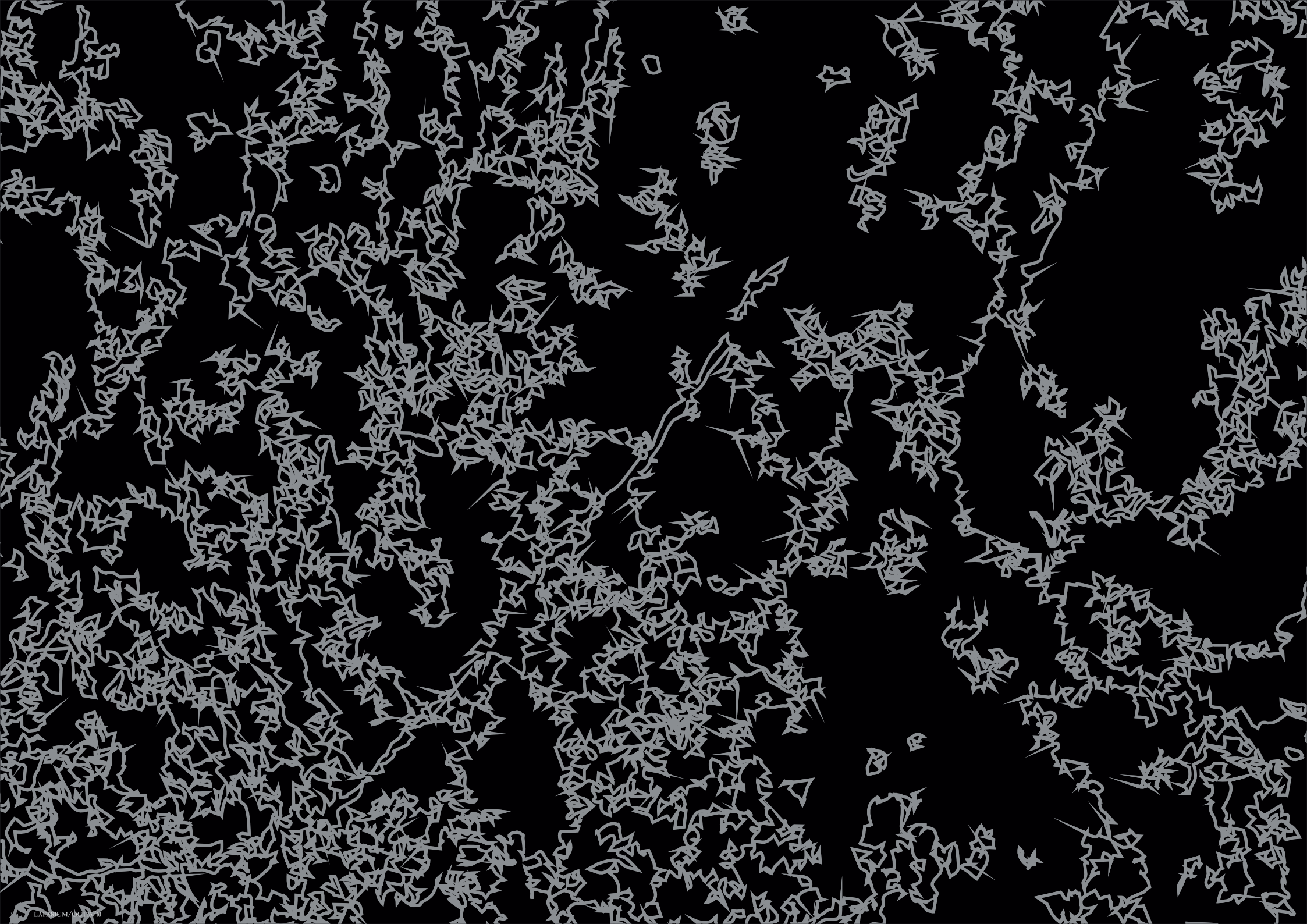
Cruzó la avenida para ir al kiosco a pedir los restos de la noche anterior. Le llenaban el termo con café con leche, sándwiches de milanesa o pedazos de pizza recalentada y le daban unos billetes para que barriera la vereda. Un aroma de calor y madrugada se desprendía de la ciudad, apenas dibujada por el insomnio.

Sacó la mitad de un cigarrillo de uno de los bolsillos y pidió fuego a un hombre vestido de traje que estaba parado en una esquina. Una sombra atravesaba su frente debajo de una gorra con visera. Al encender la cerilla, pudo observar los ojos teñidos con el color de las piedras erosionadas en un desierto. Agradeció con un movimiento de cabeza.

Atravesó el callejón que escribía una historia alternativa. En la ciudad, la luna sacudía el firmamento y escupía pequeñas manchas de luz. Avanzó en línea recta, siguiendo la dirección hacia el pasaje que salía a la avenida, con andar inestable. Sintió unos pasos firmes

que se iban acercando. Giró la cabeza y su mirada se cruzó con la del hombre del traje. Una sombra de mujer emergió de uno de los muros y se interpuso entre ellos. Ambos sintieron una fuerza que los empujaba uno contra el otro. Un líquido rojizo bautizó este encuentro. La mujer los besó a ambos en los labios y los dejó tirados, con navajas hundidas en los estómagos.

Ese callejón abrió la madrugada cantando un réquiem para la muerte.

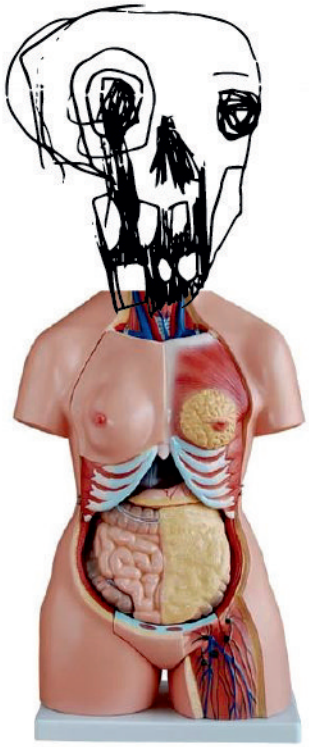


MIS MUERTITOS SON MÁS BONITOS QUE LOS TUYOS

DIEGO ARANDOJO / PATÉ CRUDO

1

MI MUERTITA SE LLAMABA HÁYME.
TENÍA 101 AÑOS.
ME GUSTABA LAMERLE LA ESPALDA Y JUGAR
CON SUS INCONTABLES VERRUGAS.
¡UNA NENA ME LA QUISO ROBAR! ¡MUY MALA ELLA!
¡LE ARRANQUÉ LOS OJOS, POR DESCARADA!



MI MUERTITO SE LLAMABA GUGATACA.
TENÍA 9 AÑOS.
ERA CHIQUITO Y LO LLEVABA EN LA MOCHILA,
CUANDO IBA AL COLEGIO.
¡JUGÁBAMOS EN LOS RECREOS, ANTE LA CARA
DE ESPANTO DE LOS DOCENTES Y COMPAÑEROS!

2

Vestido tejido con tajos laterales ($ 790, *Basement*), tapado de pelo ($ 2.100, *Te Lo Juro*), botas de piel de oveja alta con flecos ($ 2.699, *Vitamor*), pañuelo estampado ($ 350, *ITmarket*) y juego de anillos geométricos ($ 65, *Topomoda*).

¡Maquillá VERO LUNA [illegible]

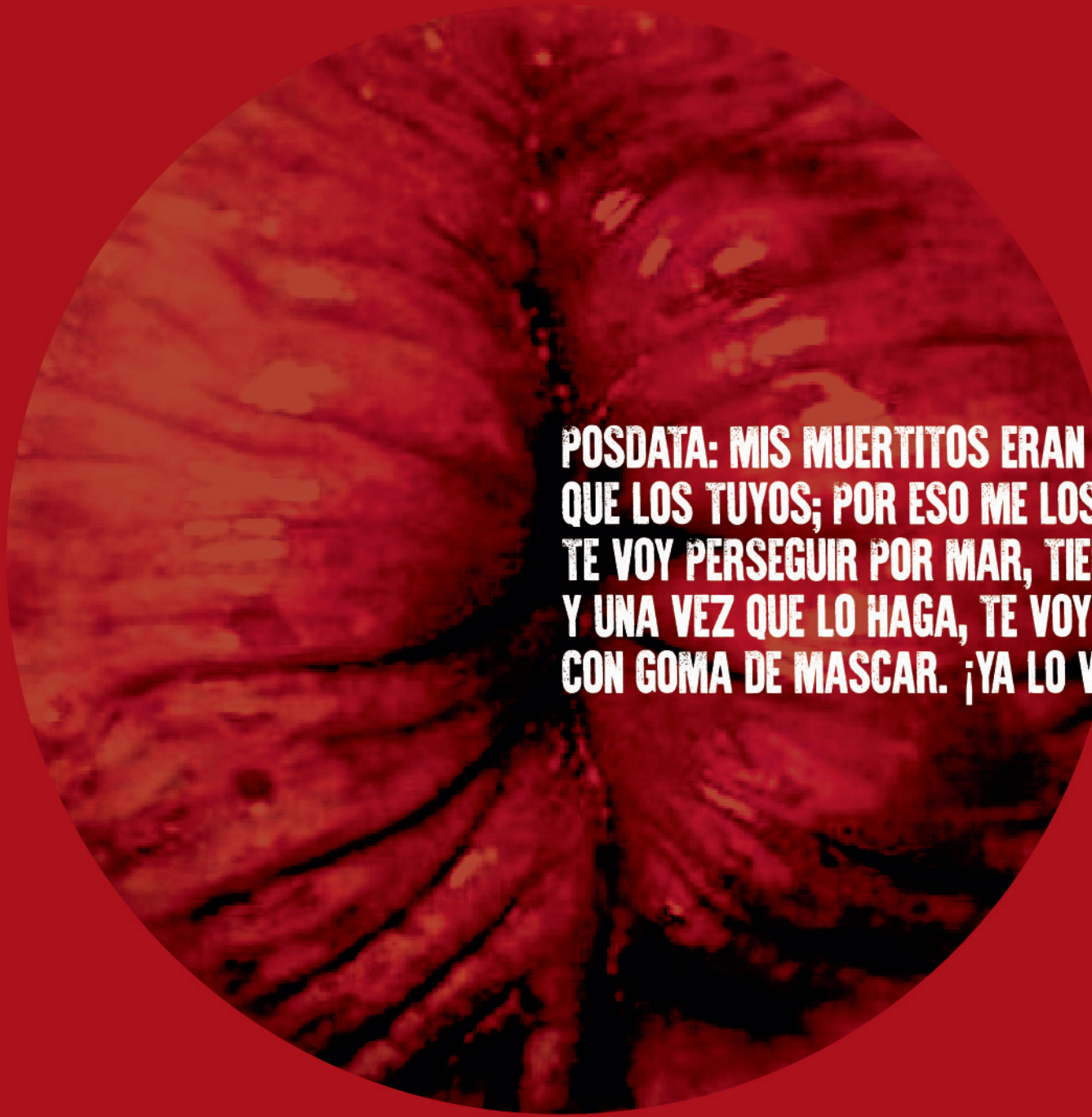
¡NA para Cenni con productos L'Oréal Professionnel!

3

MI MUERTITA SE LLAMABA KOCHABÁN.
TENÍA 33 AÑOS.
ELLA BELLÍSIMA, Y LE ARRANQUÉ LA CARA
PARA PONÉRSELA EN EL ANO.
¡CUANDO HACÍA POPÓ, LO USABA
PARA CONSTRUIR
MUÑECOS DE ACCIÓN ASIÁTICOS!

4

MI MUERTITO SE LLAMABA ARÉNGUEX.
TENÍA 12 AÑOS.
HABÍA NACIDO SIN BRAZOS, ASÍ QUE LE CLAVÉ TENEDORES.
¡LA PASÁBAMOS "BOMBA" TIRANDO "BOMBAS"
EN LAS PLAZAS PÚBLICAS!



POSDATA: MIS MUERTITOS ERAN MÁS BONITOS
QUE LOS TUYOS; POR ESO ME LOS ROBASTE.
TE VOY PERSEGUIR POR MAR, TIERRA Y AIRE;
Y UNA VEZ QUE LO HAGA, TE VOY A EMPALAR
CON GOMA DE MASCAR. ¡YA LO VERÁS, MALDITO!

Ian Mora

Fabián Arnaldi

CRUCE DE CAMINOS

Pablo Stanisci

Ahí estaba ella, una vez más. Recostada sobre las cómodas sábanas, dentro de una habitación que había acondicionado siguiendo todas las recomendaciones que las redes sociales, amigos y terapeutas le habían dado. Una luz cálida y tenue, un aromatizante que emanaba aroma a jazmín —su favorito de siempre— y un ruido blanco de fondo que le recordara sus días felices en la playa. Pero allí estaban otra vez.

Los ojos abiertos, clavados en el techo, sin pestañear. La boca cerrada en un rictus de pavor y el cuerpo transformado en una roca. No había un músculo que no estuviera contraído en ese momento. El dolor físico de semejante contractura la acompañaría por días; ya lo sabía, lo había vivido mil veces. Pero ese era un detalle menor, la consecuencia menos traumática de lo que vivía en ese mismo instante.

Porque su mente no estaba en esa cama, en esa cómoda habitación, y sus ojos no miraban el cielo raso del departamento. Ella los veía a ellos. A miles, rondando por doquier, con sus fauces abiertas más allá de las posibilidades físicas. La atravesaban, le gritaban obscenidades al oído, le escupían bilis ardiente. Una vez más se encontraba en el cruce de los condenados.

En medio del sufrimiento, un intento de carcajada pugnaba por salir a la luz. Quería reírse de todos los discursos que los psicólogos, esos supuestos genios de la mente humana, le venían arrojando desde hacía años sobre sus parálisis del sueño y el significado de las mismas. "Solo ves tus temores internos". Ja. "Brotan tus frustraciones por no animarte a más". Ja, ja. "Es todo el potencial que guardas y temés mostrar al mundo". JA, JA, JA. "Me encantaría ver sus caras si presenciaran este espectáculo, pedazos de inútiles", pensaba sin pronunciar palabra.

El desfile era infinito. Por encima, por debajo y a través de su cama. En dos, tres, cuatro, veinte dimensiones superpuestas y simultáneas. Cada uno de los miles bombardeaba su mente consciente con sus miserias pasadas, con todo el dolor que cargaban y que habían infligido

durante esas vidas de mierda que llevaron. Y ella se veía obligada, cada noche, a padecerlo sin más finalidad que ser testigo. Esto no era como esas historias de médiums que se ven acosados por fantasmas que les piden ayuda y que ellos llevan a la «luz» o adonde carajo sea. Lo que la mataba de a poco era la impotencia de solo observar, de ser el inodoro de sus inmundicias, el pañuelo de sus efluvios psíquicos.

Por momentos quiso morir, quitarse de esa farsa llamada vida para poder dormir por primera vez en toda su existencia. Pero enseguida comprendió que ese era el problema. La muerte. Esa basura que muchos te venden como el portal a otra vida, el paso a algo mejor, el peaje a tu verdadero ser. ¡Todas mierdas! Querría que cualquiera de esos iluminados estuviera en su lugar, que sintiera sobre su piel el terror absoluto a la oscuridad perpetua que ella sentía como el roce de los muertos. La muerte no era liberación; ella lo comprendió pronto. No, señor. La muerte solo era quien borraba el espejismo. Ese con el cual cada día nos mentimos y evitamos ver que siempre fuimos y siempre seremos lo mismo: cadáveres andantes.

"NO ES VERDAD QUE SEA LA MUERTE EL PEOR DE TODOS LOS MALES"

PIETRO ANTONIO DOMENICO TRAPASSI (PIETRO METASTASIO)
ROMA 1698– VIENA 1782

COLLAGES
DE
ASCANIO GRILLO
Y
PROVERBIOS
DE
DIEGO ARANDOJO

Muerte de perro

Si se muere como un perro, se accede al infierno. Pero allí te reciben como un verdadero rey: sempiternas orgías y carnavales excéntricos que, hasta los ángeles más notables, secretamente envidian.

Salto Mortal

Entre todas las formas de morir,
saltar al vacío es de las más bellas.
El ángel de la guarda devora tu cadáver
y viste tu alma con un tul de oro.
Si bien jamás llegarás al Cielo,
al menos será la envidia de
las otras almas errantes.

Carta a la muerte
(mi último suspiro)

Estimada muerte:

¿Llegará
el día en que usted,
tan imponente
y aterrador, se muera?

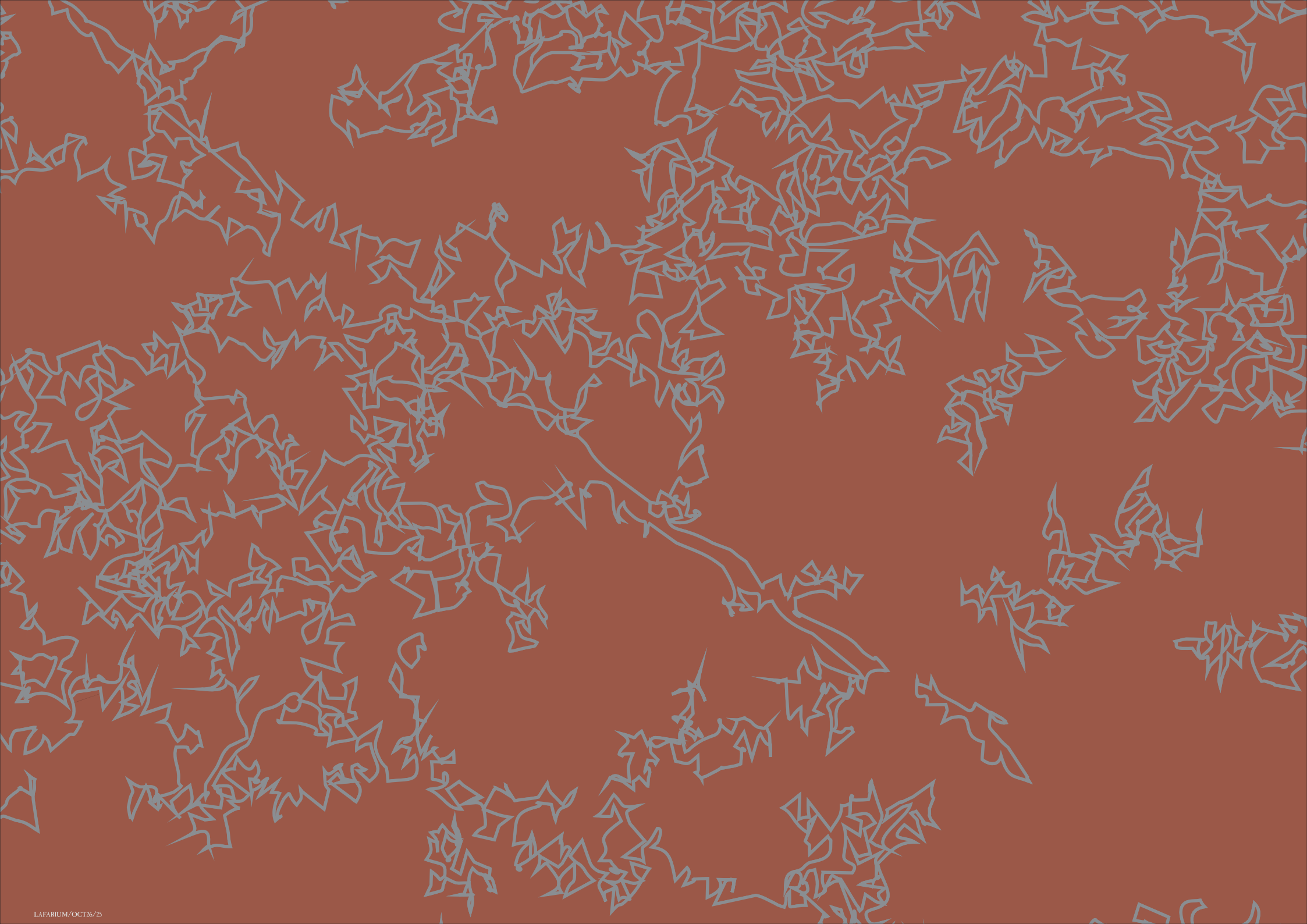
Atentamente,

Jorgito Díaz.
Villa Lynch.
Argentina.

XIII
La Muerte y
La Doncella
La muerte tenía un problema:
una súbita erección.
Irrefrenable. Poderosa.
La doncella tenía un problema:
no hallaba amante lo suficiente
fuerte como para saciarla.
Al unirse todo el
limbo tembló y
hubo lluvia de almas.

La Muerte de Todos

El mundo se llenó de gigantescos
gusanos que comieron todo.
Al final, el planeta se pareció a una canica:
lisa, llana. Y no hubo más
dolor ni sufrimiento.



Emiliano Raspante

Emiliano Bellini

MUERTE POR ENVENENAMIENTO

Hernán Tenorio

V

Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar;
partimos cuando naçemos,
andamos mientras bivimos,
y llegamos
al tiempo que feneçemos,
así que cuando morimos
descansamos.

***Coplas sobre la muerte de su padre*. Jorge Manrique**

La muerte te encuentra cuando el cuerpo llega a su fin, cuando ya ha dado todo de sí. Y se revela, de pronto, la decrepitud del último suspiro antes del final fatal. La carne comienza a pudrirse (aunque ya se viene descomponiendo, muy lentamente, desde el nacimiento casi) y el alma se evapora como un vaho nauseabundo, se desprende de la materia concreta sin más; errática y solitaria, asciende al recinto de Hades, como llamaban los antiguos, a las sombras del inframundo infernal, de donde no vuelve nadie. Allí, será castigada para siempre, en los cerrados círculos del averno, de los que hablaba Dante: ¡Quién pudiera transitarlos con Virgilio!, ¿no?

El sepulcro es entonces la guarida de la Muerte, su casa, oscura como la hiel, es el recinto, la entrada al más allá

de donde nadie regresa.

Un voltaje atroz te mantiene siempre en el centro, Muerte. ¿Cómo hacés para estar todo el tiempo en la cresta de la ola? Tu fama es infinita, porque vos la tenés clara y nadie te va a poder olvidar. ¿Quién va a querer olvidarte? En cambio, hay otros tan patéticos y olvidables que, aunque te invoquen para hambrear y dar muerte a muchos, nunca van a estar a la altura de ninguna idea, porque no piensan, sólo saben vomitar violencia. Aunque, te lo tengo que decir, Muerte, a veces sos injusta. También es cierto que la muerte por envenenamiento no cuenta, uno se hace tanta mala sangre que al final te morís como un perro, con los bolsillos y el cuerpo seco.

Les voy a contar un mal chiste
uno muy malo:

El pasaje es angosto,
tortuoso y melancólico
de cólera cubierto.

Apesta sin dudas

todo lo que nos mata.

No hay vientre tan repugnante
que cobije a semejante rata
tan sucio de escoria
tan salpicado de mierda
y vomitado acaso por espejos.

Retumba en estos engendros
la viveza de los come pastas
la sola idea de partida hacia los infierno
s
y su hermana
tan renacuajo
y escupida por el mismo saco

como él
que da calambre en el estómago.

¡Qué vulnerables somos!
¿En manos de quiénes estamos?

Es muy injusto que la Muerte
al fin
nos iguale a todos.

Alejandra Viviana Aranda

Juan Manuel Menéndez

PALABRA IDEA DESEO
Gabriel Juárez

Una palabra

sigue a otra

al escapar

de ajena idea.

Idea ideada de día dudoso.

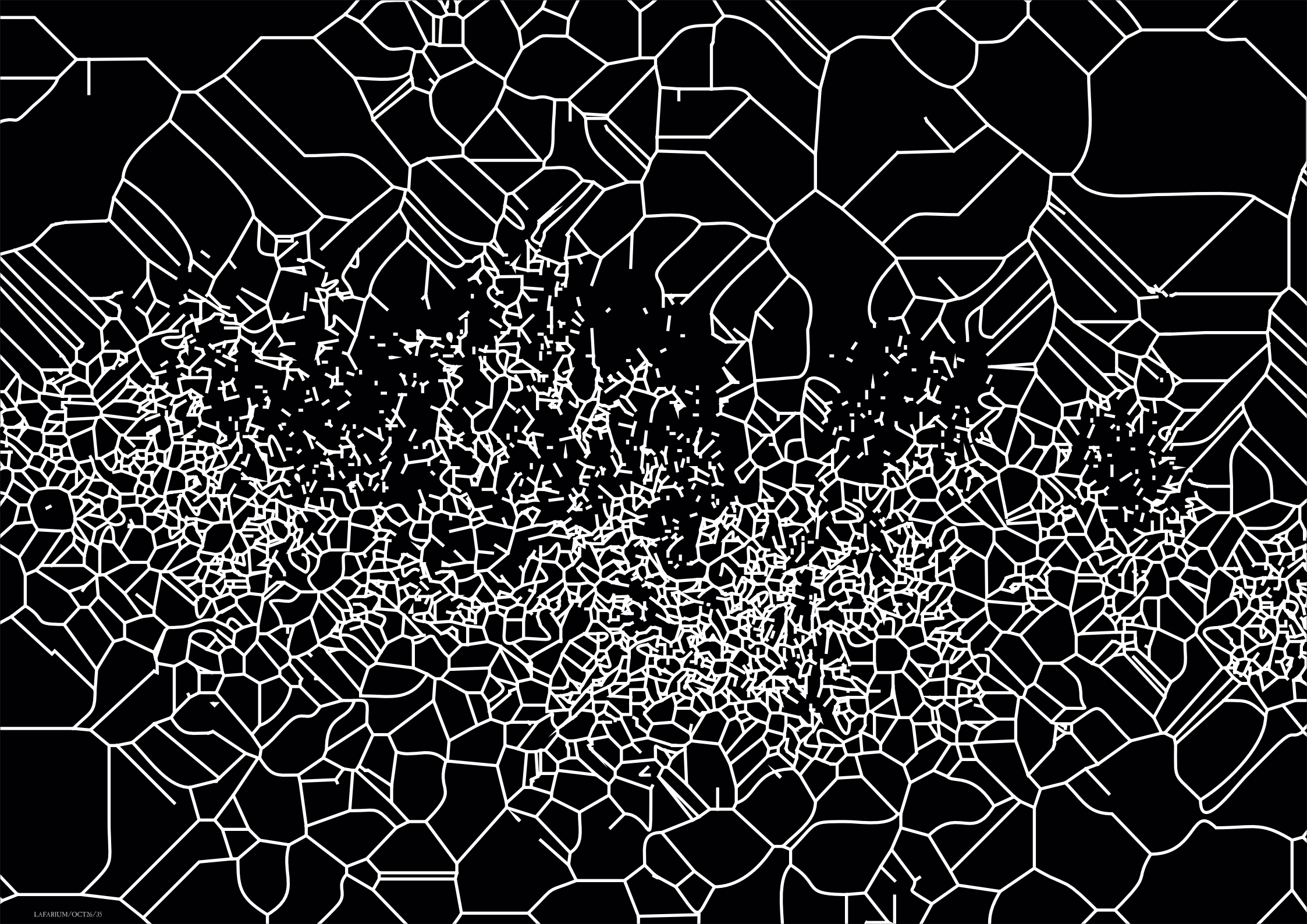
Diamante diabólico deseo.

Suspiro sueño sereno senil.

Palabra perlada publica pelvis.

Palabra, idea, deseo.

Manuel Rivas Pintos



Agustín Scetti

Texto: Diego Arandojo
Ilustración Andrés Casciani

SALAME. "lo serás vos", le dijo rodri y le metió flor de puñetazo en la jeta a mari, su peor amigo. este último se cayó en una zanja profunda y se murió ahogado. días después, pericias policiales indagaron los alrededores. al parecer, rodri -noches anteriores al crimen- había desperdigado pedacitos de salame por la zona. los perros de la fuerza del orden lo confirmaron: uno comió un pedacito y se murió horas después. hay amistades forjadas en este mundo, pero consolidadas en el otro.

Marcela Nigro

EL PANTANO

Marco Augusto Chiabo

En los abecedarios heréticos que despreciaban el ripio de las vocales, rúbrica que siseaba con ásperos fonemas y remedaba con consonantes rígidas como el crujido de las cañas secas bajo talones fugitivos, se relataba que el marjal constituía el envés exacto de la Creación. Un repliegue umbrío donde el Hacedor, rufián abrumado por el rigor geométrico de los orbes que giran en la quintaesencia y el peso de las simetrías rimadas, arrojó los garabatos fallidos de su obra. Las esquirlas de materia rebelde declinaron la obligación de asumir la forma de hombres o de bestias provechosas y claras, eligiendo en su lugar la quietud letárgica del lodo. Quienes frecuentan estos confines etéreos aseguran que la ciénaga posee una agudeza auditiva portentosa; toma las desventuras más fúnebres de los peregrinos y las transforma en glóbulos de gas mefítico que revientan al desaire de la medianoche con la reverberación de una carcajada ahogada en flemas.

Se conserva aún la crónica del Agrimensor, varón solitario de pupilas insulares, ínfimas como dos granos de pimienta, de piel oscura y áspera como la rastrojera de un incendio, siempre vestía una vieja loba y capirote cuya doble función era darle un aire docto y disimular el escabroso gofrado que dejó en sus carnes la fusta y el hierro del verdugo. Un día recibió del déspota —ser obsequioso, porcuno, patituerto, lampiño, albino, pederasta, sifilítico y usurpador de la mitra de Archimandrita—, quien libaba un chocolate empalagoso y tibio con sorbitos a través de la muselina fantasmal que le manaba desde la birreta, el encargo de trazar los confines exactos del Gran Marjal. Clavando sus bizcas pupilas de pórfido, veladas por unas pestañas legañosas y marchitas, gruesas como lomo de polilla, el déspota sonreía una mueca húmeda y oblicua, pues tal era su costumbre: no esperar otra cosa que una afirmación sumisa. Extendió su mano fría, pálida, rechoncha y sudorosa, rematada por unas uñitas más anchas que largas, semidevoradas y arreboladas de panadizos. Un

anillo descomunal —que, a saber, por la manera en que estrangula el dedo, entró hace muchos banquetes—, montado por una esmeralda bastarda, refulgía en destellos cetrinos. “Bésalo y retírate”, exigió, imitando las prerrogativas de la tradición que expolió.

El docto geómetra poseía un entendimiento entrenado en disciplinas extravagantes: calculaba las leguas cifrando en la brújula y la escuadra los latidos de su propio corazón, que a bien de tanto azote quedó impertérrito y era más puntual que novio feo. Partió de la villa una madrugada de neblina cárdena, llevando a su zaga tres acémilas cargadas con todos los pertrechos de su oficio catastral.

Al cumplirse la tercera jornada de marcha, el suelo perdió su consistencia ordinaria y los cascos de las bestias comenzaron a hundirse en una greda negruzca. El horizonte abolió cualquier rastro de hitos o mojones; los sauces crecían retorcidos, encorvados como espinazos de penitentes que se mortifican con los látigos de sus ramas por alguna divinidad olvidada. Derramaban en el suelo flácido del pantano su sombra de vitíligo: una lepra de luz cribada por el ramaje que avanzaba a pellizcos con la palidez intermitente de lo que muere a pedazos. El Agrimensor hincó sus estacas, buscando con desesperación el trazo de una línea recta, pero observó con espanto que los instrumentos de bronce se reblandecían entre sus dedos como cera al sol. La aguja de su compás renunció a la búsqueda del norte; giraba con una pereza circular, apuntando de continuo hacia las entrañas del légamo, subyugada por una gravedad distinta, un peso moral que succionaba cualquier vestigio de propósito humano hacia el fondo del sumidero. Resolvió continuar la exploración a pie, desentendiéndose de las mulas, que ya emitían rebuznos roncos mientras el lodo salobre les lamía el vientre. A medida que se internaba en la espesura de los espadañales, el mutismo del entorno cobró tal densidad que el Agrimensor lograba percibir el roce de sus propias pestañas y el curso trabajoso de los humores peristálticos. Constató entonces que la ciénaga albergaba una organización corpórea secreta. Por debajo de las aguas estancadas, los filamentos del lamedal se entrelazaban imitando la red nerviosa de un coloso durmiente —o irremediablemente muerto—; las burbujas que lograban ascender desde las capas abisales carecían de aire respirable, acúsmatos que portaban vocablos de un dialecto antediluviano, sílabas sueltas que aconsejaban la renuncia a poseer un nombre y encomiaban el reposo de fundirse con la masa indiferenciada del mundo.

Cerca del crepúsculo amniótico, el viajero columbró una silueta vaga que emergía de la calina. Era la aguja de una capilla sumergida, cuyas piedras de sillería mostraban una costra de moho ceniciento; tal cosa le evocó el terciopelo que tapizaba el solio del déspota. Penetró por la arcada del ventanal, con el fango ciñéndole las rodillas, y halló un presbiterio donde tres íconos de unos ignotos santones estilitas yacían vencidos. Al rozarlas con su diestra temblorosa, advirtió que eran ajenas al roble o al cedro; hallábanse modeladas con

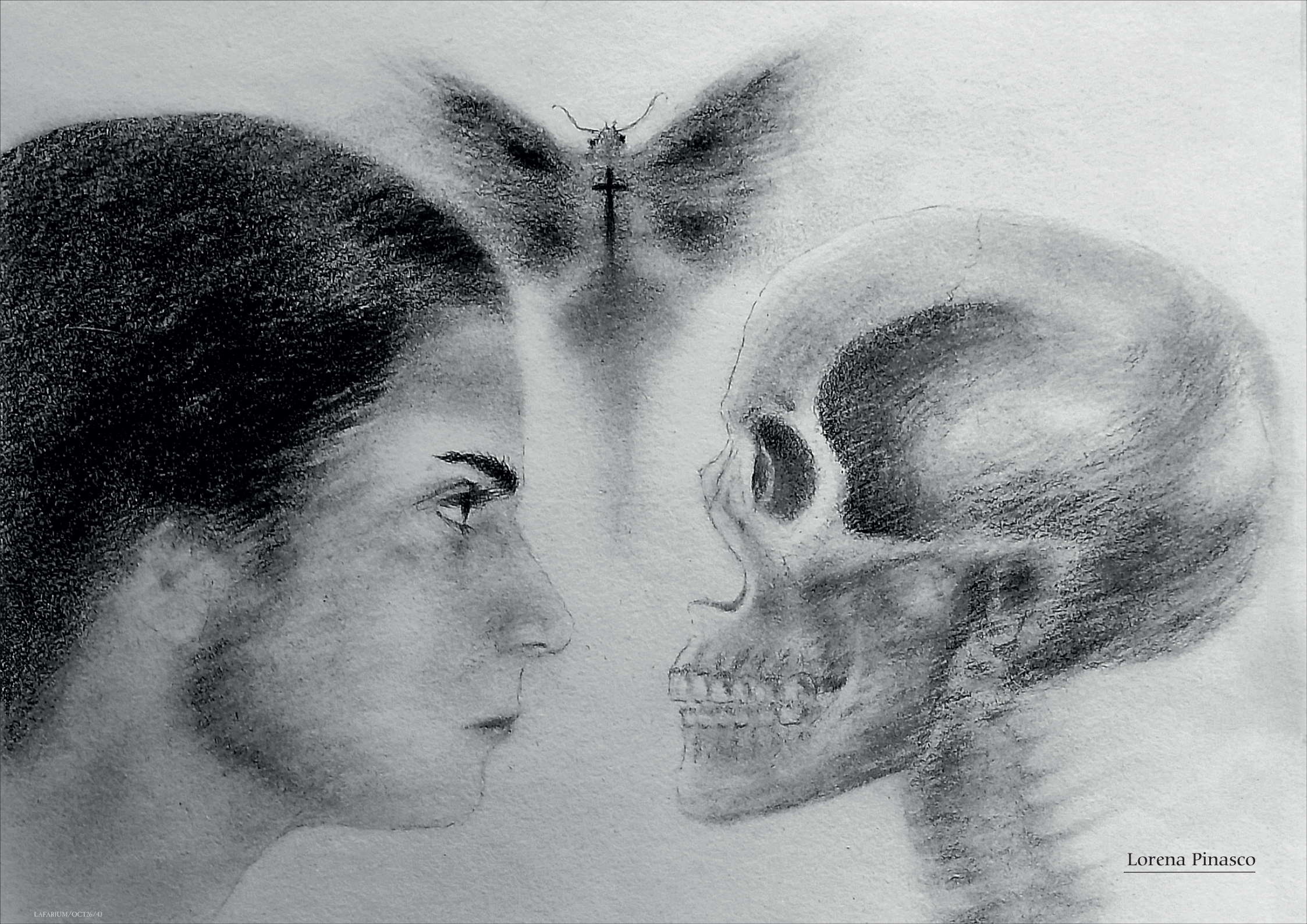
grasa prensada, un sebo rancio que se derretía lentamente bajo el influjo del calor húmedo del recinto. Las facciones de las tallas se licuaban en regueros amarillentos que caían sobre la coluvie, confundiéndose con las hojas muertas y los restos de insectos formidables.

En la lobreguez de aquella iglesia náufraga, el Agrimensor fue asaltado por una certeza de futilidad. Vio para sí que la arquitectura del orden exterior —las urbes con sus leyes falibles, los templos con sus liturgias rígidas, los mapas que su propia mano delineaba con pulso firme— constituía apenas una membrana delgada que la vanidad de los hombres extendía sobre el verdadero rostro de una realidad baldía. La existencia carecía de cualquier garantía, reduciéndose a una propagación ciega de sustancias blandas y humores densos que se devoraban mutuamente en la oscuridad de las fosas, un hervidero eterno donde era solo una excrecencia desdichada. No supo cuánto tiempo estuvo flotando en el sopor de esas elucubraciones, flotando y no hundiéndose, bien digo, pues halló en esos pensamientos una maravillosa laxitud, una epifanía donde se reconoció su abolengo con el fango. Desestimó el regreso a la corte del déspota.

Quienes cruzaron el marjal en los inviernos sucesivos —y regresaron, pues no estaban destinados a la lumbre de su sabiduría ni al fervor de sus misterios— contaron haber divisado una criatura como hiena que se desplazaba a gatas entre las cañas, un ser de cabellos enredados con algas secas que había derogado el uso del lenguaje y pignorado el recuerdo de las plegarias. Sus ojos de pimienta se habían transformado en esferas fijas, desprovistas de párpados y piedad, de un negro iridiscente como los caparazones quitinosos de los escarabajos que pueblan las simas del barro, y de su garganta solo escapaba un gañido de ventrílocuo sordo y ubicuo cuando el ocelo de la luna lloraba su gracia sobre la llanura. El pantano le representa la madurez definitiva de la materia, el reposo absoluto al que sueña en secreto toda construcción que se pretende eterna. Las fortalezas de roca y los panteones que las dinastías erigen para burlar el olvido son meras postergaciones, armisticios breves que el tiempo concede a la soberbia de las razas. Tarde o temprano, la humedad socava las basas, el limo disuelve los cimientos y la cuenca reclama lo que siempre emanó de su vientre orondo. La fascinación que la ciénaga ejerce sobre los temperamentos saturninos deriva de esa franqueza esencial: es el único espacio de la tierra que se muestra despojado de los ornatos del día o de las falsas promesas de la simiente, el pozo ciego donde la vida y la podredumbre confunden sus nombres.

Esos mismos viajeros refieren que la bestia mordisqueaba un grueso tomo de piel, garabateado en tinta de vitriolo, y comenzaba así: “Adviértese a veces, sobre el reflejo de las aguas, una fosforescencia mortecina, una errante llama que cunde su sombra de carey y los aldeanos confunden con el espíritu de los viajeros extraviados. Lejos de ser algo tan inexistente como el alma de los muertos, tales

lumbres son los vestigios de la descomposición del pensamiento, las sobras de la razón que se deshace bajo la presión de una humedad omnipotente. Allí, las facultades intelectuales se licúan con la misma facilidad con la que se desvanecieron los santos de grasa de la capilla zozobrante; las nociones de mérito, orden y perennidad mutan en hebras pringosas que nutren las raíces de los helechos amargos. El pavor que suscita la ciénaga se funda en esa facultad absortiva: evita la violencia del fuego y el ímpetu de la tormenta, prefiriendo deglutir con una paciencia infinita, con la parsimonia de un útero universal que emplea centurias en asimilar la insignificancia de nuestra estirpe. Cada marisma es un espejo opaco donde el dios mira su propia ruina, aguardando el instante en que la fatiga venza a las vigas del mundo y la creación retorne al reposo del pantano baldío, un descuido del tiempo que la sempiterna noche se encargará de sellar…"



Lorena Pinasco

ÚLTIMA VEZ
Julieta Manterola

Me gustó desde el primer contacto.

Ansiaba convertirse en un vampiro.

Realicé su deseo.

Tomé su sangre y bebió la mía.

Impuse una única condición inapelable.

No volver a vernos.

Emiliano Bellini

LA MUERTE NOS RECIBE DESNUDOS

Matías Bragagnolo

La muerte nos recibe desnudos. Quemados vivos, ensangrentados, sucios, cianóticos, avejentados, barbados, mutilados o degollados. Pero desnudos.

Lo primero que las llamas santas devoran en la hoguera son los harapos del hereje – Julio César envuelto en una túnica enrojecida y empapada ya estaba desnudo antes de que las dagas lo profanaran a traición – la muerte por congelamiento ocurre por la insuficiencia de nuestros atavíos.

Ante la nieve solemos estar desnudos. Ante la muerte siempre lo estamos.

Laven o no nuestros cadáveres o se pudran vestidos en el fango de una pradera, ya habrán sido fatalmente despojados de todo pudor, honor o valentía un instante antes del sueño sin retorno.

Como el cuerpo del Mesías atosigado por el dolor, inquiriendo a un padre omiso y omnipresente. Desnudo en una *crux immisa*.

GR Mateo

ENGULLIDOS
Marcelo Gobbo

Somos de la garra del siglo

somos del preludio del caos

del momento en que vuelve lo revuelto

somos la mugre

y la alfombra

qué les daremos de comer a nuestros hijos

qué sepultura nos darán cuando descubran

que hemos fallado peor

y estrepitosamente

les daremos tiempo para hacerlo o nos

morderán la carne

en su desesperación suprema?

Piero Pierini

Piero Pierini

VISITA INESPERADA

Dante Minervi

Cuando acerqué mi ojo a la mirilla, grande fue mi sorpresa al ver lo que había del otro lado. La diosa de la devastación, la devoradora de almas, la muerte en persona se hizo presente en mi casa.

Ante semejante situación y, al verme acorralado, me dije por dentro:

—¡Si mi hora por fin ha llegado, seré yo mi propio verdugo!

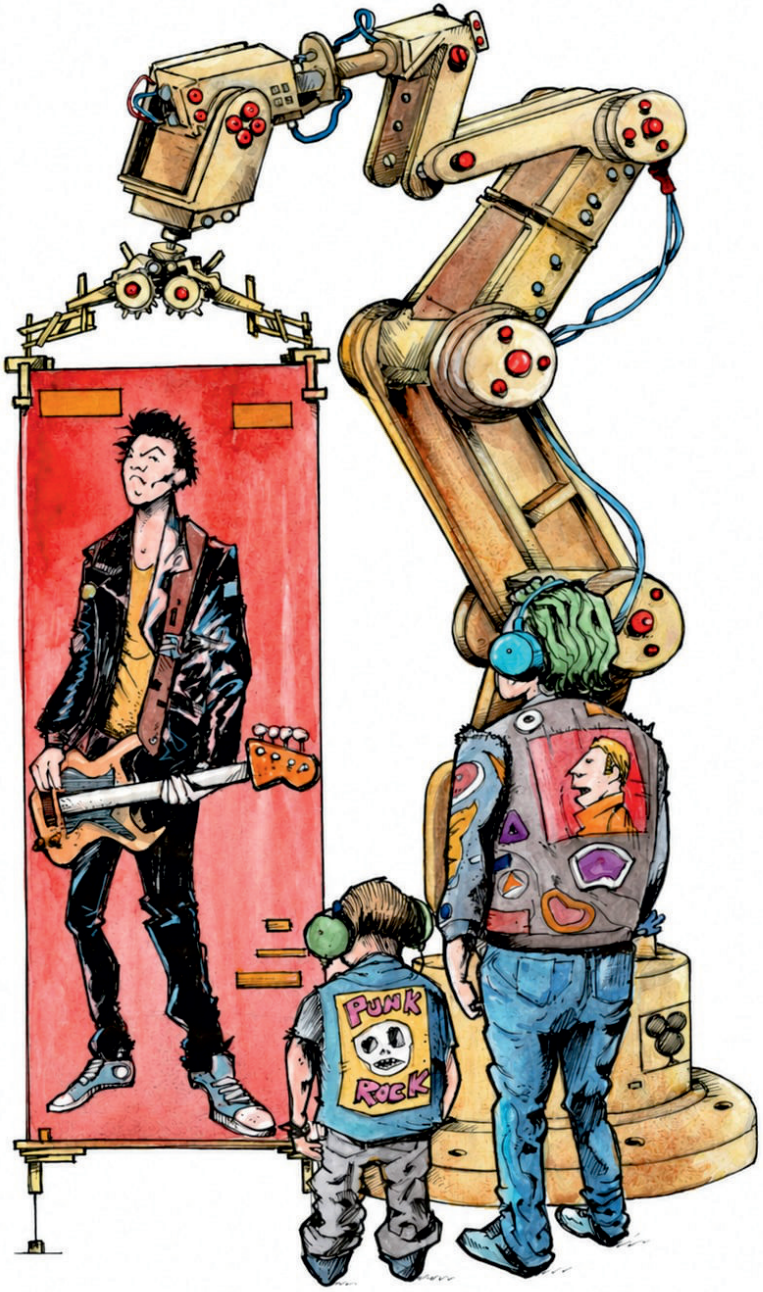
Fui hasta la habitación y busqué en el armario una forma de enfrentar aquella situación. Luego bajé para comprobar si todavía seguía afuera o si tan solo todo había sido producto de mi imaginación.

Efectivamente, allí estaba. Seguía estática, al igual que una fría estatua de mármol. Aguardaba en un silencio sepulcral. Entonces, y sin vacilar un segundo más, tomé una decisión definitiva.

En el camino hacia la otra vida, me la crucé nuevamente. Pero esta vez iba acompañada por Antonia, la vecina de al lado, quien me saludó amablemente.

La muerte se me acercó y, hablándome al oído, me pidió sus más sinceras disculpas, ya que había golpeado a mi puerta por equivocación.

Walter Alarcón



Fabián Arnaldi

LA ISLA DE LA DESTEMPLANZA

Mariano Buscaglia

Sofrenó a su palafrén y alzó la visera de su bacinete. Sus armas estaban iluminadas con la figura de un león que combatía a unos cuervos con cabezas de gorgonas. La brisa del océano y de la llovizna arrastró hasta sus oídos el grito de la plebe. Se ayuntaban, como diablos en un aquelarre, y los niños participaban de esa inmunda reunión, exacerbados por la alegría de los mayores. El viento también acarreó hasta su nariz el pútrido aroma que expele la carne descompuesta. Las gaviotas y cormoranes que participaban de la fiesta, le indicó que algo muy grande yacía varado sobre la arena.

Cerró su guante de acero sobre el pomo de su espada y se contuvo para no lanzarse a dispersar a los plebeyos. La novedad se había esparcido en pocas horas. Desde las afueras se acercaron, en alegre compañía, siervos, villanos y clérigos para contemplar el cadáver del pez. La chusma se arracimaba junto a la bestia marina. Inmunes al hedor y a toda la porquería que expulsaban las tripas del

monstruo. El caballero contemplaba la escena desde lo alto de un médano a horcajadas de su caballo. El rostro del pescado era como el de un cerdo y sobre sus ojos, reblandecidos como uvas maduras, emergían dos cuernos carnosos desde donde los marineros aseguraban que el gigante de las profundidades lanzaba chorros de agua para tumbar a los bateles que salían a cazarlo. Algunos lo llamaban ballena y perjuraban que sus crías nacían como cervatos y mamaban de las tetas de las madres.

—Yo no me acercaría a esa ofrenda del diablo si fuese usted, mi señor…

El caballo se asustó por una voz aguda y de tono recalcitrante que sonó en las proximidades de un matojo de cardos silvestres. Un enano de apariencia mora se ocultaba entre los arbustos. Vestía un jubón rojizo y una capucha puntiaguda. Su rostro barbado estaba cubierto, hasta donde la oscura capucha permitía ver, por granos y pústulas amarillentas.

Sonrió.

La boca era una hilera de dientes pequeños y afilados, perfilada contra el hoyo retinto de su garganta.

—¿Quién eres?

—Un servidor de las tinieblas… O, si usted prefiere, un buen consejero de vuestra merced… ¿Ve esa nube oscura que se aproxima desde la isla de la Destemplanza?

El caballero aguzó su vista y miró en dirección a la isla. Por encima de un banco de niebla, se avecinaba una masa negra y granulada, como un si fuese alguna clase de enjambre. El hombre de armas giró su cabeza en dirección al enano. Sin saber muy bien por qué, el noble sentía la necesidad de aplastar a ese inmundo aborto con el filo de su espada. El alma del condenado parecía despedir perversión e impudicia.

La mano del deforme, cubierta de anillos de oro y de piedras preciosas —que desmentían su apariencia de mendicante— señaló el cielo:

—Es la armada aérea de mi verde señora…

En la playa, la algarabía del populacho se convirtió en un bramido de espanto. El cielo se oscureció y un sonido ensordecedor aturdió el oído de todos los que se encontraban bajo esa sombra. La espada del guerrero escapó de su funda de plata y comenzó a batir el aire para derribar a los demonios que comenzaron a descender del cielo, atosigando a todos los incautos que habían tenido la osadía de contemplar al Leviatán. Podían contarse por decenas.

Híbridos con cuerpos de insectos y rostros de mulas, de ciervos o roedores volaban imbuidos por la fuerza de unas alas grotescas, como de mariposas nocturnas o de murciélagos; otros eran tan solo cuerpos en descomposición, mezclas esperpénticas e imposibles; cabezas de peces en anatomías simiescas o larvas con

testas barbadas que lanzaban sobre la arena un reguero de mierda al sobrevolar la playa.

Antes de que pudiera escapar, la armada infernal descendió sobre el populacho. La hueste arrebataba a la turba del suelo despedazándola y esparciendo sus entrañas sobre las ramas de los árboles o dejando caer los órganos humeantes sobre las rocas de la costa, ahora teñida de sangre y de miembros mutilados.

El guerrero cayó del caballo y, mientras se las arreglaba para quitarse de encima a un diablillo, observó una jauría de monstruos ensañándose con su montura y descoyuntándola. La espada del soldado comenzó a golpear a los engendros alados con furia enceguecida. Cortarlos era como romper el estómago de un animal que hubiese cocido su corrupción en una zanja ensombrecida. Sus torsos estaban rellenos de larvas y de gases putrefactos. La gorguera del caballero se tiñó de vómito, pero no por eso dejó descansar su espada ni aflojó sus golpes. Los demonios eran demasiados y estaba solo en la lucha.

Un hombrecito con cabeza de ave sujetó al soldado por los hombros. La espada batió en vano el aire durante unos segundos. La presión de las zarpas, le impidió seguir combatiendo, debía reservar sus fuerzas para no soltar su espada. Desesperado, descubrió que los diablillos lo elevaban en el aire, hacia ese cielo sembrado de abominaciones escupidas por el infierno.

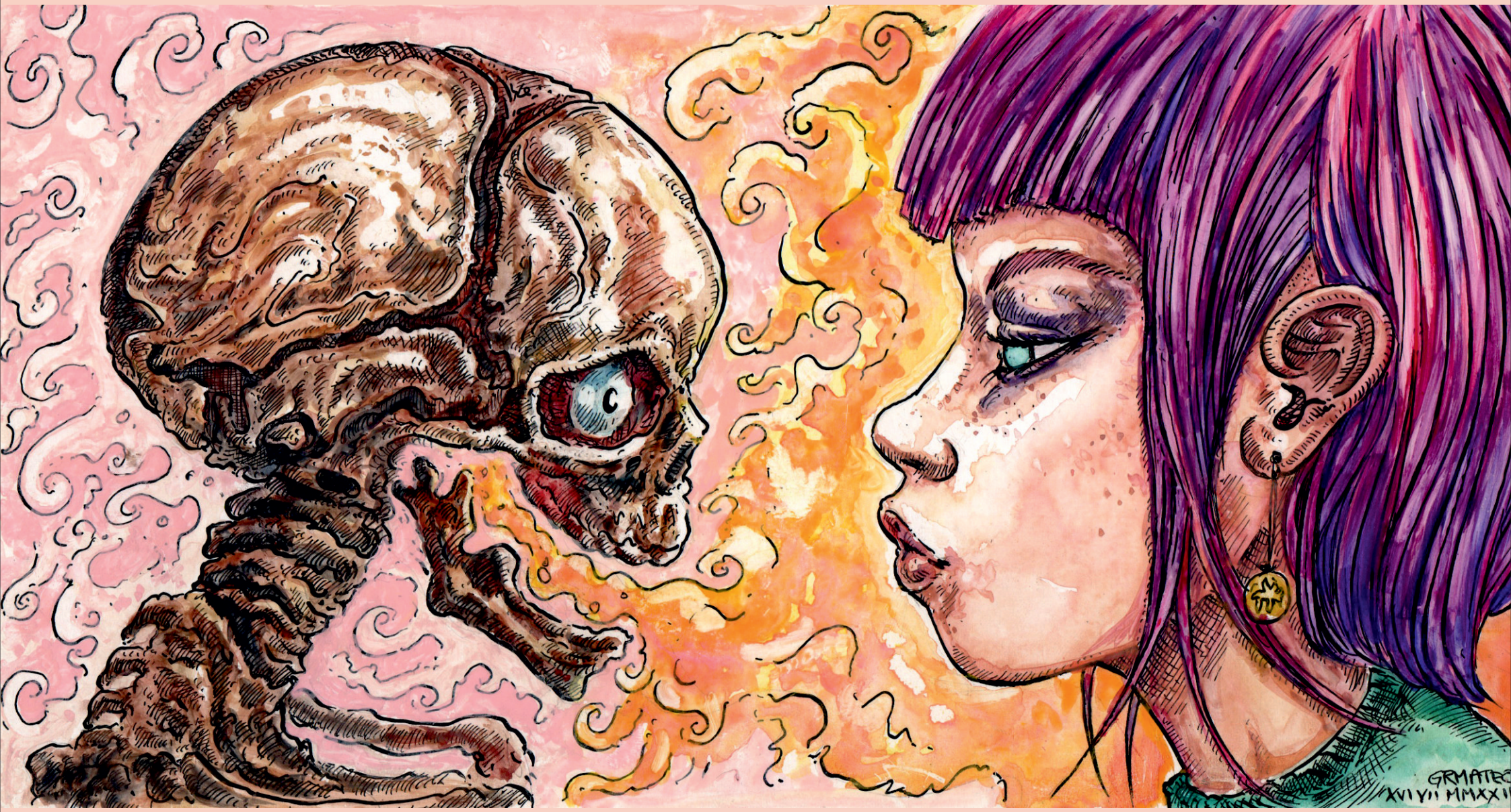
Cerca de sí observó al enano de apariencia mora, volando a horcajadas de una bruja con cabeza de pez. Sujetaba en su mano un cuchillo inmenso y hablaba en una lengua corrupta que parecía dirigir a la hueste infernal. Pequeños demonios se arremolinaron en rededor del caballero. Mordían su armadura y buscaban alguna grieta en su defensa metálica donde poder hundir sus colmillos y afiladas uñas. El hombre de armas se debatió desesperado. Había corrido en busca de aventuras para cazar a la hechicera de la isla de la Destemplanza y ahora observaba, indefenso, que su sagrado juramento quedaría incompleto.

Los demonios alados se exacerbaron por la presa que los encandilaba con su armadura errada en plata y en oro bruñido. Combatieron entre sí por ese trofeo resplandeciente. El demonio de rabo espinoso soltó al guerrero para defenderse de otra ser informe que intentó clavarle un aguijón envenenado que emergía de su ano.

El caballero del león se precipitó hacia las aguas del océano, embravecido por la tormenta. Más que sentir, escuchó el golpe de su cuerpo contra

la superficie marina y luego lo imbuyó el

bálsamo oscuro de la muerte.



GR Mateo

DE VIVIR ME ACUERDO CADA VEZ QUE ME ESTOY POR MORIR...
SÍ, VIEJO... ¡TENÉS QUE ORGANIZARTE MEJOR!
IAN MORA

Ian Mora

De repente se me antoja que las agujas del reloj son los alfileres de un demiurgo.

Así, sus agudos zarpazos son el suplicio de ser un poco más y no extinguirse tan pronto —expresado en un grito de agonía del instante que acaba de pasar—, de manera que, inexorablemente, su paso desintegra y al mismo tiempo construye el pasado de un orgulloso y viejo pedazo de humanidad que, sentado en su sillón favorito, disfruta su vida de holgazán.

Desarrolla el demiurgo su loable tarea mientras el geronte sigue apoltronado, fijando la vista en un punto indeterminado ubicado en algún lugar perdido en las difusas aguas de la memoria. Recordaba cosas inútiles alojadas en la papelera de reciclaje de su derruido cerebro de cabotaje; más bien intentaba recordar, pues, a su edad, lo que pasó o no habita las desdibujadas fronteras de lo realmente acontecido. Pero hete aquí que el señor reloj, que oficia de guarida del demiurgo, poco a poco se queda sin baterías y denodadamente intenta escaparse de su inevitable jaula corporal.

Una ventana se abre misteriosamente y le

insufla renovada vida al ambiente, ya rancio y maloliente, pues a veces la senectud es amiga del mal olor. El demiurgo ya logra respirar, y, cansado de este lugar, logra por fin escapar.

Su misión acaba de finalizar. La continuidad del tiempo se manifiesta en tres hechos que ofician de punto de referencia para medir su paciente y eterna marcha: el tic-tac del reloj cucú, el goteo de una canilla mal cerrada y el caer de una hoja que anuncia el arribo del otoño. Así se presenta Cronos, mientras se ríe de nuestra finita condición.

DONDE VIVEN LOS MUERTOS
Pabluchi García

Cuando era chiquita, me quedaba a dormir todos los viernes en lo de mi abuela Cuca y ella me contaba historias que le pasaron, cuentos reales. No importaba el decorado fantástico de aquellos relatos, todos eran verdad, porque una abuela jamás mentiría a sus nietos.

A mí me encantaban sus relatos tenebrosos, como aquel del sátiro de Avellaneda que recorría los techos como un gato y raptaba chiquillas. Pobre mi tía Emilce. Mi abuela le hizo algo tremendo. Cuando vivían en Sarandí, en la casa de doña Consuelo, mi tía Emilce solía quedarse hasta la madrugada leyendo en la cocina. Una noche leía *Mujercitas* y, como mi abuela quería que se fuera a dormir, no tuvo mejor idea que acercarse con sigilo y girar el picaporte de la puerta tres veces; después se escondió. Mi tía gritó asustadísima y se fue corriendo a la cama. No pudo dormir por muchas noches. Juraba que el sátiro había intentado entrar a la casa para llevársela, y mi abuela le contestó que por eso no debía quedarse despierta hasta esas horas. Mi tía

Emilce tardó cuarenta años en enterarse de la maldad que le había hecho su madre. Mi tía también dejó de leer, ficción al menos, y se dedicó a la política.

Otra de las historias que me fascinaban de chiquita era la del carnicero rabioso. Mi abuela decía que se llamaba Don Osvaldo y que tenía una carnicería en la calle Perú, entre México y Uruguay. Hoy en día, si pasás por el barrio de Piñeyro, se sigue viendo la cabeza de vaca hecha de cemento en la pared, derruida y erosionada por el tiempo, una gárgola en la carnicería. Nunca se supo qué animal había mordido a Don Osvaldo: hay quienes dicen que había sido un perro callejero, otros, una rata gigante, y hasta hay quienes afirman que había sido un murciélago, pero todos en el barrio sospechaban de la gata Lulú, una gata vieja y gris con cara de bruja. La cuestión es que, de un día para el otro, Don Osvaldo empezó a actuar raro, gritaba mucho y atendía a los clientes con una euforia que no era habitual. Mi abuela me dijo que una vez el carnicero la amenazó con la cuchilla y su padre, cuando se enteró, fue a enfrentar a Don Osvaldo. Cuando volvió a la casa, mi bisabuelo estaba asustado; esa fue la única vez que vi a papá con cara de miedo, decía la abuela. Don Osvaldo se volvió loco el 13 de enero de 1935; todo el barrio se conmocionó. Cuando abrió la carnicería y los primeros vecinos fueron a comprar, salieron todos despavoridos para llamar a la policía. Dicen que Don Osvaldo había cambiado las góndolas de las reses por otra carne, la carne de su propia familia. Donde iban acomodadas las terneras estaban los cuerpos de sus hijos; con su mujer hizo carne picada y achuras, y con su suegra, el bofe para las mascotas. La policía mató al carnicero a balazos cuando este se resistió a la detención; en ese momento llevaba una enorme cuchilla en la mano.

Sin embargo, la historia que más me fascinaba era la del tío Luisito. Mi abuela era la menor de doce hermanos. De aquellos doce, tres murieron antes de los cuatro años. El nombre de mi abuela era Olga, pero todos le decían Cuca porque se llamaba igual que una hermana muerta de tuberculosis y a los hermanos les daba mala espina.

Su hermano Luisito, al cual nunca nadie llamó Luis, falleció el 2 de junio de 1930; mi abuela tenía cinco años y él, dieciocho. Luisito era de esos tipos cancheros que, en su picardía, se hacía adorar, pero tenía alma de malevo, según mi abuela Cuca. Una noche había ido a bailar al teatro Monumental de la avenida Galicia y terminó a las trompadas con un par de tipos. Durante la escalada de violencia empujó a uno de los hombres y lo lanzó por el balcón. Su compañero sacó una navaja y lo hirió. Herido, bajó solo las escaleras y, al salir a la calle, se encontró con el otro, que, por la borrachera o la bronca, parecía no sentir dolor. Del teatro a la casa de mi abuela había tan solo cuatro cuadras. El tío Luisito llegó a la puerta y ahí se cayó al suelo. A la mañana, cuando mi bisabuelo se iba a trabajar, encontró el cadáver

de su hijo. La familia perdió a su cuarto miembro y, encima, en honor a la verdad, al más querido.

En ese entonces, los velorios de las familias humildes se realizaban en las casas. Dejaban al muerto en una habitación o en algún pasillo; todo dependía de la humedad, según mi abuela. El cuerpo de Luisito lo habían colocado en su cama. Los familiares, que eran muchos, pasaban a darle el adiós con un beso en la frente. Mi abuela le dio un beso en la boca. Su madre se enojó muchísimo y no le permitió volver a entrar a la habitación.

En aquella época, los velorios duraban unos tres días. Al segundo día, mi abuela ya estaba podrida de ver a tanta gente vestida de negro, incluida ella misma. Quería jugar a cualquier cosa con tal de distraerse, pero todos la ignoraban, incluso sus dos hermanas mayores, Irma y Eva. Así que mi abuela los odió a todos y aún más a Luisito, por morirse. La noche del 3 de junio agarró sus frazadas y se fue a dormir al patio, sola. A las dos de la mañana vio a mi tío Luisito parado frente a ella, con su ropa póstuma y su sombrero preferido. Estaba pálido y la luna, que se asomó entre un claro de nubes, acentuaba la blancura de la piel.

—Chau, Cuca, te quiero mucho —le dijo.

Luisito abrió la puerta y se fue en silencio. Al otro día, la casa era un griterío.

—¡Se robaron a Luisito! ¿Dónde está Luisito? —exclamaba la familia.

Pero nadie le preguntó a mi abuela si había visto algo. Ella nunca dijo nada, salvo a sus nietos, muchos años después.

La historia del tío Luisito me obsesionaba. La imaginaba con cada detalle. Cuando tenía diez años, le pedí a papá que me comprara una cama para las Barbies y él me compró una casa entera. Yo solo quería la cama. La casa de juguete no se parecía en nada a la de los padres de mi abuela, no como me la describía, porque era una casa horizontal, larga y con habitaciones entre un pasillo recto sin techo que daba a la intemperie. Y la casa de Barbie era alta, de dos pisos… No era la casa de mi abuela.

Al menos esa casa de juguetes tenía una cama, así que podía realizar mi obra. Mis muñecas y algunos muñecos de mi hermanito realizaban la velación. Mi muñeca preferida era la que yacía muerta en la cama y yo me sentía atraída hacia ella, como si la muñeca y yo fuéramos la misma persona. Todos lloraban por mí: la Barbie morocha, Ken, He-Man, una Tortuga Ninja y dos G. I. Joe. Entonces la muñeca se levantaba, se reía y se iba caminando.

Cuando murió mi abuela, le pedí a mamá, a puro llanto, que la velaran en casa. La única respuesta que logró silenciar mis súplicas fue que el Gobierno no lo permitía. «La abuela Cuca se puede levantar, mamá. ¡Se puede levantar!». Pero la abuela no se levantó y, después del velorio, la cremaron. A partir de los once años no volví a jugar con muñecas nunca más.

En enero de 2012 me diagnosticaron leucemia. Tenía veinticinco años recién cumplidos. No

podía aceptarlo, me negaba a creer que mi cuerpo se rebelaba contra mí siendo joven; se supone que esas cosas no pasan, pero pasan. Y cuando te pasan, ves la muerte en todos lados y también ves la vida y todo lo que te vas a perder. Entonces yo me puse morbosa. En la televisión miraba documentales sobre Evita, donde siempre tocaban el tema de su muerte; hacía zapping y buscaba programas sobre hospitales y enfermedades, y, si antes disfrutaba de películas de zombis, ahora las miraba para saciar mi morbo. No era un morbo sexual, era una autoflagelación para intentar aceptar lo inevitable.

Mis últimas vacaciones fueron en Villa Gesell. Necesitaba ver el mar. David, mi novio, me acompañó. Alquilamos una cabaña a una cuadra de la playa. Era pleno invierno y, al haber poca gente, me sentía relajada con mi cuerpo demacrado. Eran pocos los que me veían pelada y, por suerte, las ropas gruesas cubrían mi delgadez. No puedo negar que durante la semana que pasamos allá se me pasó la idea del suicidio al estilo Storni, pero solo llegué a mojarme los pies con esa agua helada y espumante. Insistí a mi familia que, si moría, quería que me velaran por tres días y que después me enterraran. No quería ser cenizas; prefería alimentar a los gusanos.

El 27 de febrero de 2013 fallecí. Mi familia cedió a la petición de enterrarme, pero el velatorio duró veinticuatro horas. Me enterraron en el cementerio de Avellaneda. Hoy sé que pasó una noche y un día cuando desperté en mi féretro. Grité, golpeé y arranqué toda la tela que pude con la poca movilidad que tenía. Rasguñé la madera, pero, como casi no tenía uñas, solo logré lastimarme la punta de los dedos. Iba a morir enterrada, iba a quedarme sin respiración hasta ahogarme. Entonces me empecé a reír con histeria, una mezcla de felicidad y angustia. No respiraba, ya estaba muerta. Me acaricié el cabello corto y sedoso, esos quince centímetros que la falta de quimioterapia le permitió crecer. Estaba contenta de no haber muerto calva.

Entonces escuché ese sonido. Primero un golpe sordo, luego algunos golpecitos suaves. Era tierra cayendo sobre tierra; alguien estaba cavando. No sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí el metal golpeando la madera. La ansiedad me hizo sacar lágrimas y lloré desconsolada. Estaba viva en mi muerte.

Cuando se abrió el ataúd, una mano me ayudó a salir. La luz de la calle me cegó y no podía ver bien quién era esa persona. Me dio unos lentes de sol que parecían de otra época. Cuando me los puse, la visión se aclaró y podía ver perfectamente: la tierra, los árboles, las lápidas, los gatos, a él.

—A los muertos nos molesta bastante la luz —dijo con una sonrisa brillante. Su voz era melódica y su tonada sonaba antigua.

Al ver su rostro, lo abracé. Lo había visto tantas veces en las fotos que mi abuela Cuca me había regalado, que tenía que ser él. No podía ser otro. El sombrero lo delataba.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Ahora vamos donde viven los muertos

—dijo el tío Luisito.

Yo lo seguí de la mano.

Juan Coccotis

Emiliano Bellini

MÁS ALLÁ DEL UMBRAL

La muerte, la conciencia y la posibilidad de que algo sobreviva

Harlock

La muerte es una de las pocas certezas universales de la existencia humana y, paradójicamente, una de las realidades que más intentamos negar. Ernest Becker sostuvo que buena parte de nuestras acciones —crear familias, construir monumentos, acumular bienes, escribir, creer o luchar— pueden interpretarse como intentos simbólicos de trascender nuestra propia desaparición. Al mismo tiempo, la conciencia de la muerte otorga valor y urgencia a la vida: si el tiempo fuera infinito, nada tendría verdadera necesidad de ser realizado ahora.

Desde la prehistoria, los seres humanos han tratado la muerte como algo más que un proceso biológico. Los indicios de enterramientos deliberados entre los neandertales sugieren que los cadáveres eran tratados de manera intencional. Con el Neolítico aparecieron prácticas funerarias más elaboradas: monumentos de piedra, enterramientos secundarios, manipulación ritual de huesos y otras formas de preservar el vínculo con los muertos. La muerte comenzó así a convertirse en un territorio simbólico

que debía ser comprendido y organizado.

En el Antiguo Egipto, esta concepción alcanzó una extraordinaria complejidad. El cuerpo era considerado el recipiente del *ka*, una fuerza vital que debía conservarse. La momificación, las tumbas, los objetos funerarios y el *Libro de los Muertos* formaban parte de una verdadera tecnología destinada a garantizar la continuidad después de la muerte. El juicio de Osiris introducía además una dimensión moral: el corazón del difunto era pesado frente a la pluma de la *maat*, y el destino posterior dependía de la manera en que había vivido.

Mesopotamia ofrecía una visión mucho más sombría. En la *Epopeya de Gilgamesh*, la muerte aparece como un destino inevitable incluso para los poderosos. Gilgamesh intenta alcanzar la inmortalidad después de la muerte de Enkidu, pero descubre que ningún ser humano puede escapar de su condición mortal. El inframundo era concebido como un lugar común para todos, aunque los vivos podían mantener cierta relación con los muertos mediante recuerdos y ofrendas.

Los griegos trasladaron la cuestión al terreno filosófico. Las doctrinas órficas y pitagóricas plantearon la inmortalidad y transmigración del alma, ideas que Platón desarrollaría posteriormente. En Roma, el culto a los antepasados mantuvo a los muertos integrados en la vida familiar, mientras que el estoicismo enseñó a aceptar la muerte como parte del orden natural y el epicureísmo sostuvo que no debía temerse aquello que nunca experimentaremos: mientras existimos, la muerte no está presente; cuando llega, nosotros ya no existimos.

Platón convirtió la muerte en uno de los grandes problemas de la filosofía. En el *Fedón* presenta diversos argumentos en favor de la inmortalidad del alma: la existencia de los contrarios, la reminiscencia, la naturaleza simple e indivisible del alma y su relación con el mundo de las Ideas. Para Platón, el cuerpo es transitorio y el verdadero yo pertenece al ámbito del alma, que puede sobrevivir a la muerte e incluso reencarnarse.

Aristóteles planteó una posición diferente. En *De Anima*, el alma no es una sustancia independiente alojada en el cuerpo, sino su principio organizador. Ambos constituyen una unidad. Sin embargo, su concepción del *nous*, o intelecto agente, dejó abierta una posibilidad de supervivencia que posteriormente generaría siglos de debate filosófico y teológico.

Epicuro buscó liberar al ser humano del miedo a morir. Su argumento era sencillo: la muerte no puede ser experimentada, porque cuando ella llega ya no existe el sujeto capaz de experimentarla. Los estoicos, por su parte, proponían aceptar la muerte como parte del orden universal. Séneca y Marco Aurelio consideraban que recordar permanentemente la finitud permitía vivir con mayor libertad y concentrarse en aquello que realmente importa.

Muchos siglos después, Heidegger, Sartre y Camus abordaron la muerte sin recurrir necesariamente a la supervivencia del alma. Heidegger sostuvo que el ser humano es un *ser-para-la-muerte*: la finitud no es simplemente

un acontecimiento futuro, sino una dimensión permanente de nuestra existencia. Reconocerla permite abandonar la vida anónima del *das Man* y asumir un proyecto auténtico. Sartre relacionó la muerte con la libertad, mientras que Camus vio en ella una expresión fundamental del absurdo: el universo no ofrece necesariamente un sentido último, pero el ser humano puede encontrar dignidad en seguir viviendo y actuando pese a esa ausencia de garantía trascendente.

Las religiones también elaboraron respuestas diferentes. El cristianismo, el islam y el judaísmo comparten la idea de que la muerte no constituye el final absoluto y que la existencia terrenal posee consecuencias morales. El cristianismo concibe la muerte como una transición hacia el juicio y, finalmente, la resurrección. El islam plantea una existencia intermedia y un juicio final en el que cada persona será evaluada. El judaísmo presenta una tradición más diversa, que evolucionó desde la concepción del *Sheol* hacia ideas de resurrección y, en algunas corrientes místicas, de reencarnación.

Las tradiciones de la India desarrollaron una concepción diferente. En el hinduismo, el *Atman* es inmortal y atraviesa sucesivos cuerpos bajo la ley del karma hasta alcanzar el *moksha*, la liberación del ciclo de nacimientos y muertes. El budismo cuestionó precisamente la existencia de un yo permanente. Para el budismo, no existe un alma inmutable: lo que continúa es una corriente condicionada de procesos, comparable a una llama que pasa de una vela a otra. El objetivo final no es conservar un yo eterno, sino extinguir el deseo, el apego y el sufrimiento.

En numerosas culturas indígenas, la muerte tampoco implica una ruptura definitiva. Los antepasados continúan formando parte de la comunidad y pueden comunicarse con los vivos mediante sueños, rituales o señales. El Día de Muertos mexicano constituye un ejemplo particularmente visible de esta concepción: los muertos regresan simbólicamente al ámbito familiar y la memoria se convierte en una forma de continuidad.

La cuestión cambia cuando se introduce la ciencia contemporánea. El materialismo dominante en la neurociencia sostiene que la conciencia depende de la actividad cerebral. Las lesiones, enfermedades y sustancias pueden modificar la personalidad, los recuerdos y las emociones, lo que constituye una evidencia importante de la estrecha relación entre cerebro y conciencia.

Sin embargo, permanece abierto el llamado «problema difícil de la conciencia», formulado por David Chalmers: aunque podamos correlacionar determinados estados mentales con procesos cerebrales, todavía no sabemos por qué esos procesos producen experiencia subjetiva. No sabemos por qué el rojo se siente de determinada manera o por qué una actividad neuronal está acompañada por una experiencia consciente.

A partir de esta dificultad han surgido hipótesis alternativas. Algunos investigadores, como Manuel Sans Segarra, han planteado modelos de conciencia no local, mientras que Roger Penrose y Stuart Hameroff propusieron la teoría *Orch OR*, según la cual podrían

intervenir procesos cuánticos en los microtúbulos neuronales. Estas propuestas son especulativas y no demuestran que la conciencia pueda sobrevivir a la muerte, pero muestran que el problema continúa abierto.

Uno de los campos más discutidos son las experiencias cercanas a la muerte (ECM). Personas que atravesaron paros cardíacos, traumatismos o intervenciones quirúrgicas han descrito experiencias que incluyen sensación de paz, separación del cuerpo, desplazamiento hacia una luz, encuentros con seres o familiares fallecidos y revisiones de acontecimientos de su vida. Algunos testimonios incluyen supuestas percepciones de acontecimientos ocurridos durante períodos de inconsciencia.

Entre los casos más conocidos se encuentran los de pacientes que afirmaron haber observado procedimientos médicos desde una perspectiva externa, así como el de Pamela Reynolds, sometida en 1991 a una compleja intervención cerebral durante la cual se redujeron drásticamente la temperatura corporal y la actividad cerebral. Su posterior relato de acontecimientos de la operación se convirtió en uno de los casos más debatidos dentro de la investigación sobre ECM.

El proyecto AWARE, dirigido por Sam Parnia, intentó estudiar estos fenómenos mediante procedimientos científicos. La primera investigación, publicada en 2014, estudió casos de paro cardíaco en distintos hospitales y encontró que una proporción de sobrevivientes informó algún grado de conciencia durante la reanimación. AWARE II, publicado en 2023, incorporó registros de actividad cerebral durante la reanimación y observó en algunos pacientes patrones de actividad compatibles con procesos cognitivos complejos. Estos resultados no demuestran una vida después de la muerte, pero sugieren que el proceso de pérdida de conciencia durante la muerte puede ser más complejo de lo que suponía el modelo simplificado de "cerebro apagado, conciencia apagada".

Otro fenómeno situado en la frontera entre investigación y creencia son las *psicofonías* o fenómenos de voz electrónica. Desde los trabajos de Friedrich Jürgenson y Konstantin Raudive se han registrado supuestas voces atribuidas a personas fallecidas. Sin embargo, los experimentos controlados no han logrado demostrar de manera reproducible que estas voces procedan de entidades desencarnadas. Las explicaciones habituales incluyen pareidolia auditiva, interferencias electromagnéticas y contaminación de las grabaciones. El fenómeno permanece, por tanto, sin una demostración científica concluyente.

Los casos de presunta reencarnación constituyen otro campo de investigación. Ian Stevenson dedicó décadas a estudiar niños que afirmaban recordar vidas anteriores. Su método consistía en registrar los relatos espontáneos, entrevistar a familiares y testigos e intentar identificar a la persona fallecida correspondiente. Encontró patrones recurrentes: los recuerdos aparecían generalmente entre los dos y cuatro años, desaparecían alrededor de los siete u ocho, y algunos casos incluían marcas de nacimiento o características físicas supuestamente relacionadas con heridas de la persona fallecida.

Entre los casos más conocidos se encuentran los de Shanti Devi, en la India, y James Leininger, en Estados Unidos, cuyos relatos infantiles fueron relacionados por investigadores con personas fallecidas concretas. Estos casos han recibido numerosas objeciones: posibles fuentes normales de información, errores de memoria, coincidencias, sesgo de confirmación y reconstrucción posterior de los relatos. Por ello, no constituyen una demostración científica de la reencarnación. Su interés reside en que algunos testimonios continúan siendo difíciles de explicar de manera satisfactoria.

El recorrido histórico permite extraer algunas ideas generales. La primera es que la muerte nunca fue únicamente un acontecimiento biológico. Desde los primeros enterramientos conocidos, los seres humanos le otorgaron significado, desarrollaron rituales y buscaron mantener algún tipo de relación con quienes habían muerto.

La segunda es que la conciencia continúa siendo uno de los grandes problemas no resueltos. La ciencia ha demostrado una relación extraordinariamente estrecha entre cerebro y experiencia mental, pero todavía no explica por completo por qué existe experiencia subjetiva. Esta cuestión no demuestra que la conciencia sobreviva a la muerte, pero mantiene abierta la discusión filosófica sobre sus límites.

La tercera es que las ECM, los relatos de reencarnación y las psicofonías presentan fenómenos que requieren distintos grados de investigación y crítica. Algunos cuentan con explicaciones convencionales plausibles; otros permanecen discutidos. Ninguno demuestra por sí solo la supervivencia de la conciencia, pero su estudio forma parte de una pregunta más amplia sobre los límites de nuestro conocimiento.

Finalmente, la muerte parece transformar profundamente a quienes se enfrentan a ella de cerca. Muchos sobrevivientes de ECM describen una disminución del miedo a morir, un aumento de la compasión y un cambio en sus prioridades. En este sentido, la conciencia de la finitud puede convertirse no en una fuente de parálisis, sino en un estímulo para vivir de manera más consciente.

No existe una conclusión definitiva sobre qué ocurre después de la muerte. Puede existir alguna forma de continuidad de la conciencia o puede que la muerte implique el final absoluto de la experiencia individual. La investigación contemporánea no permite resolver todavía esa cuestión.

Lo que sí puede afirmarse es que la muerte ha acompañado toda la historia humana como límite, misterio y fuente de significado. La posibilidad de que algo sobreviva permanece abierta como problema filosófico y como hipótesis de investigación, pero también existe una forma de supervivencia que no necesita ninguna explicación sobrenatural: aquello que una persona deja en quienes la conocieron. El amor, la compasión, los recuerdos y las acciones transmitidas a otros continúan produciendo efectos después de que el cuerpo desaparece.

En ese sentido, la muerte no es solamente el final de la vida, sino también el marco que le da

valor. La conciencia de nuestra finitud convierte cada experiencia en algo irrepetible y obliga a enfrentarnos con la pregunta fundamental: qué hacemos con el tiempo que tenemos antes de atravesar, definitivamente, el umbral.

LAFARIUM/OCT26/77

LAFARIUM

OCTUBRE, 2026

Portada: Pablo Sapia
Edición y maquetación: Diego Arandojo

Los derechos de las imágenes y textos reproducidos pertenecen a sus respectivos autores y autoras

© Copyright 2026
LAFARIUM
www.lafarium.com

Elilet Giudiche
Verónica Varela
GR Mateo
Gladys Cepeda
Paté Crudo (Marcela Nigro, Manuel Rivas Pintos y Juan Manuel Menéndez)
Ian Mora
Fabián Arnaldi
Pablo Stanisci
Oscar Grillo
Emiliano Raspante
Emiliano Bellini
Hernán Tenorio
Alejandra Viviana Aranda
Juan Manuel Menéndez
Gabriel Juárez
Manuel Rivas Pintos

Agustín Scetti
Andrés Casciani
Marcela Nigro
Marco Augusto Chiabo
Lorena Pinasco
Julieta Manterola
Matías Bragagnolo
Marcelo Gobbo
Piero Pierini
Dante Minervi
Walter Alarcón
Mariano Buscaglia
Pablo Katzin (Fritz Sol)
Pabluchi García
Juan Coccotis
Harlock